1

En la Navarra pirenaica del siglo XVII no existía hombre alguno que desde los quince o dieciséis años, además de sus ocupaciones habituales, no fuera un experto cazador. La vida era dura en una región tan montañosa, y los oficios, escasos: leñador, carpintero, pastor, molinero, cantero, herrero y pocos más. No hace falta mencionar a clérigos y militares, tan abundantes en las grandes poblaciones como Zangoza o Pamplona, ya que ambos oficios estaban reñidos con el carácter de aquella gente, y difícilmente se podía ver por el valle de Aezkoa una sotana o un uniforme. La mayoría se ganaba la vida trabajando en el campo, cazando palomas, conejos y jabalíes y pasando contrabando por la frontera cercana.

Afortunadamente, los bosques de aquellas montañas eran inagotables, el agua abundante y la tierra fértil. Robles, hayas, abetos y encinas cubrían como un manto tupido el abrupto paisaje y abundaban los frutos silvestres y los animales más diversos. Sin embargo, pocos de aquellos cazadores se animaban a adentrarse por aquellas espesuras al caer la tarde, porque entre sus sombras se escondían las bestias más peligrosas y los genios más perversos. Se necesitaba ser un hombre especialmente fuerte y atrevido para ser cazador de osos y lobos, y, todavía

más templado de espíritu, para enfrentarse con el Señor Rojo y sus enanos de largas barbas, el *Jaungorri* de las antiguas leyendas vascas al que los creyentes identificaban con Lucifer. No pasaba un año sin que una tragedia sacudiese el valle y sin que los rebaños de ovejas y vacas quedasen diezmados. Lobos y demonios se repartían la autoría en la mente del pueblo.

En la pequeña población de Aribe, de no más de diez caseríos y menos de cincuenta vecinos, vivía el cazador de lobos más famoso de todo el Pirineo navarro. Medía casi dos metros de altura y tenía la fuerza de varios hombres. Normalmente iba a medio afeitar y con una pelambrera larga e hirsuta de color pajizo; él mismo hubiese parecido el *Jaungorri* de las leyendas si no fuera por su carácter, aunque rudo y de pocas palabras, bonachón y apacible. Ahora bien, cuando se metía en el bosque se transformaba en un ser temible, especialmente si andaba detrás de un lobo asesino; entonces caminaba encorvado, con los músculos en tensión y un brillo de animal salvaje en sus ojos de color gris azulado. Su nombre era Pedro, y en el pueblo lo llamaban Pericón *el Alimañero*; en el pueblo y en toda la comarca, porque sus servicios eran requeridos y bien pagados desde el valle de Erronkari hasta el de Elizondo. Su obsesión era la caza del lobo; también mataba osos, zorros y jabalíes, pero lo hacía en cumplimiento de su trabajo, y a muchos de estos últimos los dejaba escapar para que los cazasen sus vecinos, ya que eran parte de su sustento. Para ellos eran como los cerdos para los pueblos del sur, un regalo de la Naturaleza, y así lo celebraban en los escudos y dinteles de sus casonas, grabando un jabalí bajo una encina. Solo unos pocos sabían la historia de esa obsesión por los lobos, de la que había hecho su forma de vida durante los últimos años, y que había dado fama a Pericón hasta convertirlo en un personaje legendario.

La tragedia había ocurrido años antes en los bosques próximos al pueblo, una fría tarde de primavera en que las nieves tardías del invierno todavía cubrían de blanco aquel paisaje montaraz. Pedro había quedado con su amigo Miguel en la venta del pueblo cercano de Garralda para merendar y hablar de un tema que les tenía preocupados: el reclutamiento para la leva forzosa que se estaba llevando a cabo por todos los pueblos navarros. España estaba en guerra con Francia y, según decían, la inscripción de soldados voluntarios y de mercenarios no era suficiente para cubrir sus necesidades militares. Ambos tenían diecinueve años y no querían saber nada de guerras y, menos aún, de tener que pelear contra los jóvenes del otro lado del Pirineo, que eran también navarros y, muchas veces, compañeros de peligrosas aventuras de contrabando, cuando escapaban de gendarmes y alguaciles de uno y otro lado.

Eran dos verdaderos amigos que salían juntos desde la niñez. El de Aribe era un mocetón fuerte y callado, en tanto que Miguel tenía menos corpulencia pero era más despierto, comunicativo y alegre. Hablaron largo y tendido de todas las formas posibles de librarse del reclutamiento, incluidas las más peregrinas, como, por ejemplo, casarse, romperse un brazo o meterse curas; y finalmente tomaron la decisión de que si venían a por ellos marcharían juntos fuera del país.

Anochecía pronto en esa época del año y además se estaba extendiendo por todo el valle una niebla baja pegada a los árboles por lo que, terminada la merienda-cena, decidieron irse poco a poco para casa. Miguel se empeñó en acompañar a Pedro hasta Aribe para terminar de comentar otros asuntos, como la marcha de sus respectivos trabajos: Miguel, en el molino con su padre, y Pedro como leñador y aprendiz de carpintero. El camino seguía una antigua senda de carros

que atravesaba el bosque junto al río Irati, hasta llegar a la entrada del pueblo. En media hora ya estaban allí y con ellos también había llegado la noche y la oscuridad. No era una hora muy recomendable para andar solo por aquel bosque casi impenetrable por lo que Pedro, al ir a despedirse, pensó que su amigo se podía perder por aquella senda oscura que no conocía tan bien como él y decidió acompañarle de vuelta a Garralda. Él no tenía pegas en volver luego solo. A Miguel le agradó la idea (según venían ya había pensado varias veces en la vuelta con cierta aprensión) y se lo agradeció a Pedro, aliviado, aunque, paradójicamente, era de los que disfrutaban con los cuentos de aparecidos y sucesos terroríficos que cuentan las viejas junto al fuego.

Así que, mientras regresaban de nuevo a Garralda, se entretuvo en ir recordando los relatos de muertes misteriosas, apariciones de demonios, genios y almas en pena que había oído desde la niñez; y caminaba riendo y temblando de miedo a la vez, sacando voces de ultratumba cuando el personaje lo requería e intentando asustar a Pedro con las historias que, según él, habían ocurrido en aquellos mismos bosques. A este no le hacía gracia tal mezcla de placer y miedo y seguía el camino impasible, con el cuello de la pelliza bien subido para oír lo menos posible aquella perorata. Sabía que Miguel era de los que no se metían en el bosque ni a coger setas y que tanto su miedo como su regocijo eran producto de su fantasía y de su sentido del humor, un tanto macabro, pero él se pasaba media vida en la Selva de Irati y conocía de cerca el peligro de las alimañas y de los espíritus que merodean por las noches. No es que hubiese visto alguno de estos genios aceptados y dados forma por la imaginación popular, pero más de una vez los había sentido cerca, acechando, exactamente igual que los lobos.

La niebla se había ido cerrando más y más, y la oscuridad era negra y tenebrosa en las zonas impenetrables de bosque; blanquecina y fantasmal cuando la senda se acercaba al río siguiendo la cinta pálida que la nieve hacía visible. Avanzaban con cautela y el ruidoso crujido de sus pisadas convertía las palabras y la risa de Miguel en una jerga de brujas y demonios en pleno aquelarre, creando un fondo adecuado a sus cuentos de miedo. No tardó Miguel en callarse y ambos continuaron el camino en silencio, intentando espantar los terrores imaginarios que los relatos habían puesto en marcha. Atentos, mirando a los lados, con el temor a una aparición, avanzaron pegados hombro con hombro. Las repentinas caídas de la nieve de los árboles, aquí y allá, deslizándose por las ramas como siseos de gnomos y golpeando el suelo como pisadas de gigantes, llenaban la noche de sonidos amenazadores y movimientos fantasmales que acabaron por meterles más todavía el miedo en el cuerpo.

Llegaron finalmente a la casona-molino de Miguel, escondida junto al río en el fondo del barranco, alejada del pueblo que se alzaba peñas arriba. Se la podía adivinar entre la niebla por dos pequeñas luces de halo amarillento, una en el portalón y la otra, posiblemente, en una ventana. No era, en ese momento, el rincón más acogedor del mundo, con aquellos árboles enormes inclinándose sobre ella y el estruendoso rugir de las aguas de los primeros deshielos, pero se sintieron aliviados al acercarse a sus gruesos muros y un poco avergonzados por el miedo pasado en el camino. Se desearon buenas noches y, ya se alejaba Pedro de vuelta a su pueblo, cuando Miguel le pidió que esperara. La noche estaba avanzada y la oscuridad era total. Había oído antes unos aullidos lejanos y su alarma y preocupación estaban a flor de piel. Se lo dijo a su amigo e incluso le aconsejó que se quedase a dormir en su casa.

Pedro le contestó que no tuviese cuidado, que él conocía muy bien el camino y no le importaba volver solo. Miguel se quedó pensativo y no quería despedirse, hasta que se le ocurrió una idea. Cogerían de casa dos grandes lámparas de aceite, harían juntos la mitad del camino y allí se separarían, yendo cada uno a su casa con su farol correspondiente. Con las lámparas y el camino ya conocido no tendrían ningún problema, pues los lobos no se acercarían viendo las luces. Pedro iba a protestar pero vio a Miguel decidido y, al final, aceptó la idea. Grande y fuerte como era, valiente como se tenía y acostumbrado a vagar por aquellos bosques sombríos, él también, a su pesar, empezaba a sentir cierta aprehensión e inquietud.

Esta vez el trayecto, sin los cuentos de miedo de Miguel, fue mucho más agradable aunque, con la espesa niebla, los dos faroles parecían flotar sin que nadie los sujetase y bambolearse envueltos en un resplandor blanquecino creando con sus luces y sombras una cohorte de fantasmas que los iba acompañando. Era una escena, como decía Miguel entre risas, que pondría los pelos de punta a cualquier caminante que se cruzase en su camino. Ahora se lo tomaba a broma. Así era el hijo del molinero: pasaba del miedo al buen humor en un instante, sin esfuerzo y sin motivo. Fueron hablando de las chicas que más les gustaban, tema que les absorbió por completo, y en poco tiempo hicieron la mitad del recorrido. Se separaron finalmente, como habían quedado, y cada uno se dirigió hacia su pueblo, llevando consigo uno de los faroles y la mitad de los fantasmas.

Antes de llegar a su casa, en la explanada junto al río, Pedro oyó en la dirección de Garralda nuevos aullidos de lobos que le produjeron escalofríos, y pensó en Miguel, envuelto en aquellas tinieblas y con la luz de su farol temblando en su mano levantada. Su amigo era muy impresionable y

fantasioso, y con bastante pavor a las siniestras imágenes que le pasaban por la imaginación. Y ahora que se había quedado solo… "Todos esos cuentos de demonios y aparecidos son para ocultar el miedo que siente por dentro. Seguro que ahora no se ríe", pensaba preocupado. Intentó acallar sus negros presentimientos y a duras penas lo consiguió, pensando en las idas y vueltas que acababan de hacer cruzando el bosque, lo cual explicaba la buena amistad que los unía. Era una gran suerte contar con un amigo como Miguel. En el fondo eran muy parecidos, pero Miguel sabía expresar sus emociones y él se las guardaba. No tardó en meterse en casa silenciosamente e irse a dormir sin hablar con nadie. Se despertó de madrugada, intranquilo y desvelado. Los aullidos de los lobos se colaban cada cierto tiempo por las rendijas de la ventana, como cuchillos de viento helado que le hacían encogerse bajo las mantas. "¿No dicen que las fieras huelen el miedo de sus víctimas impulsándolas a atacar?". Se quedó mirando fijamente el pálido resplandor que dibujaba la ventana empañada en la oscuridad de la alcoba.

El cuerpo de Miguel fue encontrado a la mañana siguiente por dos leñadores de Garralda, a menos de media legua en el camino de Aribe. El cadáver yacía boca abajo, el suelo estaba revuelto y a dos pasos aparecía el farol apagado. Tenía la garganta desgarrada, y el brazo y el costado izquierdos, prácticamente en el hueso. Varios hilos de sangre habían derretido la nieve junto al cuerpo. Los leñadores lo reconocieron inmediatamente pues lo habían visto cien veces en el molino trabajando con su padre. Comprobaron horrorizados que estaba muerto y lo cargaron a lomos de la mula, tirando la leña que acarreaba. Llegaron corriendo al molino, con el corazón angustiado, y lo depositaron en el portalón de entrada,

llamando a gritos a los padres del joven. Luego subieron al pueblo a dar la terrible noticia.

Por las huellas que encontraron junto al cuerpo, y por las heridas que este presentaba, el alguacil que revisó la zona llegó a la conclusión de que los lobos habían acabado con la vida del hijo del molinero. "Una horrible desgracia, sin duda, pero no era la primera vez que los lobos atacaban a algún humano, sobre todo al final de un invierno de nieves en el que no habían encontrado otro alimento". Sin embargo, pronto se extendió por la comarca la noticia de la tragedia y no tardaron en surgir preguntas y versiones que trataban de explicar los misterios que rodeaban a esta muerte. ¿Qué hacía el joven molinero a esas horas de la noche en aquellos parajes? ¿A quién pertenecían las pisadas de otra persona que se veían por el camino, junto a las del muerto? ¿Por qué las pisadas de los dos iban en un sentido y en el otro? Para las mujeres más viejas del lugar no había duda de que el causante había sido el *Jaungorri,* al que acompañaban sus secuaces del infierno en forma de lobos. Algunos pensaban que las segundas pisadas –de pies tan grandes– eran las del propio Lucifer, que había adoptado la forma humana.

No se dejó de hablar del suceso durante mucho tiempo, pero las pesquisas llevadas a cabo no dieron con ninguna explicación. Cuando se supo que Pedro, el joven leñador de Aribe, había estado con Miguel la tarde del suceso merendando en la venta del pueblo, y al no aparecer en su casa, todo el mundo pensó que los lobos (o el *Jaungorri*) habían matado también al amigo, llevándose sus restos.

No era así. La noticia había llegado a oídos de Pedro al día siguiente y el efecto fue tan demoledor que, a partir de ese instante, su vida cambió para siempre. Sin decir nada a nadie, cogió un caballo de la cuadra, sus útiles de leñador, una

ballesta vieja con varias saetas, algo de comida y se marchó de casa.

Pasó por el lugar del ataque y estudió minuciosamente las huellas. El punto donde había caído su amigo estaba pisoteado y en la mezcla de barro, sangre y nieve no se distinguía nada, pero en la estrecha senda que enseguida encontró, por donde se habían acercado las fieras y por donde habían escapado, se apreciaban perfectamente las pisadas. Calculó que habían sido por lo menos cuatro las bestias atacantes y comprobó que una de ellas era más grande que las otras y que le faltaba la garra exterior de una de las manos delanteras, seguramente perdida tiempo atrás en alguna pelea. Sobre la sangre de su amigo, que todavía teñía de rojo los restos de nieve, pronunció su juramento y prometió no volver al pueblo sin haber dado muerte al animal. Luego siguió el rastro bosque adentro, con la mirada fija en aquella huella especial del que intuía era el jefe de la manada.

Durante años se estaría preguntando por qué había dejado volver solo a Miguel, o por qué los lobos habían atacado a su amigo y no a él en su vuelta a casa. Su muerte ya no tenía remedio pero sí reclamaba venganza. El hueco que dejaba la ausencia de Miguel, antes lleno de la luz de sus risas, de su ingenio y de sus planes futuros, se convirtió en un pozo negro que oscureció su alma. Toda una vida de sueños y esperanza destrozada por la negra y miserable boca de un lobo. Se juró que la partiría a hachazos algún día. Aquel día dejó de ser leñador para convertirse en cazador de fieras.

Tardó cinco años en volver a su hogar.

Así dio comienzo la historia de Pericón, el alimañero de Aribe.